



Irène Némirovsky: una escritora resucitada por Octavi Martí (El País, 2004)

Gabriel Corte, un novelista preciosista e incapaz de pensar en otra cosa que en sí mismo, la muy católica familia Pericand que "se siente satisfecha al verse al mismo tiempo colmada de toda clase de riquezas materiales y sin embargo tan caritativa", los Michaud que huyen de París a pie porque todo el mundo les ha olvidado, el banquero Corbin que mientras los alemanes desfilan por París tiene como única preocupación cómo evitar que su esposa le descubra con su amante... todos esos personajes y muchos otros se entrecruzan en *Suite française*, una novela coronada el pasado 8 de noviembre con el Premio Renaudot, obra de Irène Némirovsky, una escritora asesinada en Auschwitz en 1942.

El secretario del jurado, André Brincourt, se mostró en desacuerdo con sus colegas. "Los premios son para ayudar a un escritor en su carrera" y la de Némirovsky terminó trágicamente hace 62 años. El problema es que su libro es extraordinario por muchas razones, y, entre ellas, porque evoca un momento clave de la historia francesa reciente -ese mes de junio en que las tropas de Hitler ocupan un París casi desierto-, porque describe con exactitud el clima moral reinante durante la Ocupación, porque la autora es una judía que detesta buena parte de la tradición judía -"¡eso que vosotros llamáis éxito, victoria, amor u odio, yo lo llamo dinero!", escribió en otra novela-, y lo es también por el destino del manuscrito. La novela se publicará en España dentro de un año.



Minúsculas historias

Suite française fue escrita "en directo", casi como una crónica de lo que iba ocurriendo, amoldando las minúsculas historias personales de los personajes a la gran Historia. La primera parte, titulada *Tempête en juin* (*Tempestad en junio*), cuenta el éxodo de los parisienses ante un avance germano que se les antoja incomprensible en su rapidez y eficacia. Némirovsky retrata las mil pequeñas cobardías y miserias de una población errante, más preocupada por comer o dormir que por el destino de la patria. En la segunda parte -bautizada *Dolce*- se nos propone el retrato de un pueblo ocupado, de la cohabitación entre civiles franceses y soldados alemanes, con una paleta muy amplia de posibilidades entre el odio y el amor.

Irène Némirovsky había nacido en Kiev, en 1903, hija de uno de los banqueros más ricos de Rusia, Léon Némirovsky. Mamá se llamaba Faïga, pero se hacía llamar Fanny, y nunca pretendió saber lo que era el instinto maternal. El resultado es que Irène, ya adulta, hará explícito en varias oportunidades el odio que sentía por una madre que no se ocupó de ella y dejó que fuese una nurse y varios profesores los que la educasen. Los veraneos de la pequeña Irène, por ejemplo, veían cómo la madre se instalaba en un gran hotel de la Costa Azul o de Biarritz -de ahí que Irène, además de hablar ruso, inglés, alemán, sueco y francés, también conociese el vasco- mientras la hija y el servicio se alojaban en pensiones modestas. Mientras, papá viajaba, hacía negocios y recorría los casinos de media Europa. En 1929, ya exiliada en Francia y convertida en escritora francesa, Irène Némirovsky se hará un nombre con *David Golder*, una novela en la que el héroe es un banquero que se parece mucho a Léon. El libro tuvo una gran acogida y Julien Duvivier lo convirtió en una gran película en 1931 protagonizada por el genial Harry Baur, un actor judío que morirá en París a causa de una paliza propinada por los mismos nazis con los que colaboraba. En *David Golder*, el padre es inmensamente rico y odia a su esposa tanto como adora a su hija, una criatura caprichosa y frívola.

La Revolución soviética de 1917 pilló a los Némirovsky en su residencia de San Petersburgo y el padre quiso protegerlos reuniéndolos a todos en Moscú. Durante un año estuvieron escondidos esperando que amainase el temporal bolchevique. Irène leyó todo Oscar Wilde, Huysmans, Maupassant y el pensamiento de Platón. La Revolución hizo públicas sus intenciones al poner precio a la cabeza de Léon Némirovsky. Ya no valía la pena seguir ocultándose, era más prudente huir. Y disfrazados de humildes campesinos emprendieron el camino del exilio que, en 1919, les llevó a Francia tras pasar meses de espera en Estocolmo.

La jovencísima Irène escribe relatos, cuentos y novelas antes de cumplir los 18, y en ellos ya aparece esa relación ambivalente con el origen judío. En París es amiga de Kessel, judío como ella, pero también de Brasillach, un antisemita furioso que será fusilado en 1945 por sus artículos incitando al odio racial. En 1926,



en uno de los muchos bailes a los que asiste, conoce a Michel Epstein y lo convierte en su marido. Entre 1929 y el estallido de la II Guerra Mundial Irène publicará nueve novelas, muy a menudo de inspiración familiar. Ahora su modelo literario es Turgueniev, de quien copia la técnica de documentación paralela o previa a la escritura. El 3 de octubre de 1940, el Gobierno fantoche del mariscal Pétain dicta un primer "estatuto del judío" que deja a Michel Epstein sin trabajo y a Irène sin poder publicar, a pesar de que los dos han adoptado el catolicismo bautizándose en febrero de 1939. Entre 1940 y 1942, con la estrella amarilla cosida a sus ropas, Michel e Irène viven en un pueblecito, en Issy-l'Évêque, junto a sus hijas Denise y Elisabeth. El 13 de julio, Irène, que el día 11 había dado por acabada la *Suite française* y esbozado los dos volúmenes que iban a titularse *La bataille* y *La libération*, es detenida por los gendarmes, internada en un campo de concentración francés y enviada luego a la muerte en Alemania. Michel no admite lo que la deportación significa. En el hotel de Issy exige cada día que haya un plato en la mesa que indique que el regreso de Irène es inminente. Desesperado, escribe al mariscal Pétain hablándole de la frágil salud de Irène y proponiéndose para reemplazarla en lo que él imagina un campo de trabajo. En octubre, los gendarmes le detienen a él, que muere en Auschwitz el 6 de noviembre de 1942, menos de tres meses después que su esposa.

Manuscritos en una maleta

Denise y Elisabeth también son perseguidas por los gendarmes, que van a buscarlas a la escuela, pero ahí topan con uno de esos pequeños gestos de heroísmo que impiden las generalizaciones sobre el colaboracionismo y Francia: la maestra esconde a las niñas de 13 y 5 años en un rincón de su alcoba. Tras una serie de arriesgadas peripecias Denise y Elisabeth, siempre con un maletín repleto de los manuscritos de mamá, consiguen llegar a Niza, donde vive su abuela en una gran mansión. No querrá ni tan sólo abrirles la puerta, limitándose a aconsejarlas que, "puesto que vuestros padres han muerto, debéis vivir en un orfanato". En 1989, a la muerte de Fanny, en la caja fuerte de su apartamento parisiense había sólo dos libros -*David Golder* y *Jézabel*-, en los que Irène presenta a una madre desalmada.

Irene Nemirovsky, *Suite francesa* y las grandes mareas de la historia por Jesús Arana



La lectura de "Suite francesa" de Irène Némirovsky produce una extraña sensación. Recuerda a las imágenes del tsunami del sudeste asiático grabadas por algunos turistas segundos antes de que una ola gigante se los tragara. Uno ve esas imágenes y se pregunta por qué en vez de huir como alma que lleva el diablo se quedaban allí con sus cámaras dando testimonio de lo que veían. Sólo son posibles dos respuestas: o no eran conscientes del verdadero peligro que estaban corriendo o la magnitud de lo que veían ejercía tal fascinación sobre ellos que no les importaba arriesgar la vida. Porque lo cierto es que la judía Irène Némirovsky, que murió a los 39 años en el campo de concentración de Auschwitz pocos días después de estar escribiendo los últimos párrafos de esta grandiosa novela sobre la ocupación, tuvo varias oportunidades de dejar Europa e instalarse en Estados Unidos. En 1926 su padre trató de convencerla para que lo hiciera y en marzo de 1933 el psicoanalista Alfred Adler, tras asistir como invitado a una cena en la casa de Irène Némirovsky, en la que pudo escuchar en qué términos hablaban dos

intelectuales -Enmanuel Berl y Daniel Halevy- sobre la cuestión judía abrazó a la anfitriona a la salida y le rogó que abandonara Europa sin perder un momento. Después les escribió a ella y a su marido varias cartas instándoles a ir a Nueva York. Ellos decidieron no hacerle caso: confiaban demasiado en las ideas humanistas que encarnaba Francia. Muchos años más tarde, la hija pequeña de Irène Némirovsky, Elisabeth Gille, escribió un libro precioso -"Le mirador"- en el que recrea en primera persona la vida de su madre, asesinada cuando ella tenía cinco años. Son las memorias que Irene nunca escribió y están escritas con tanto amor y tanto respeto hacia su memoria, con un estilo que recrea la fina ironía de la que siempre hizo gala la autora de "Suite francesa" y están tan bien documentadas, que muchas de sus afirmaciones, como estas, podemos darlas por absolutamente válidas: "Mi llegada a Francia después de la Gran Guerra me había convencido de que allí no existía el antisemitismo. Nosotros los extranjeros nos habíamos hecho de aquel país una idea muy elevada: era la tierra de la Revolución, de la libertad, de los derechos humanos". Y un poco más adelante: "Nosotros, los laicos, que considerábamos el judaísmo una reliquia del pasado, pensábamos que, dejando a un lado a un puñado de extremistas, la Francia de las Luces a partir de ahora vería las cosas como nosotros. Jamás habríamos creído que pudiera traicionarnos".

¿Era Irene Nemirovsky una ingenua? Basta con leer unas cuantas páginas de cualquiera de sus libros para darse cuenta de que no, de que era una observadora perspicaz de las conductas humanas y sus comentarios sorprenden muchas veces por su profundidad. Esto fue así desde sus primeras obras. Es conocida la anécdota de que su primer libro se lo mandó al editor Bernard Grasset bajo el nombre de su marido, Michel Epstein, y



pidió que le enviara la respuesta a un apartado de correos. Irene estaba embarazada y tuvo que pasar los dos últimos meses de embarazo en la cama. Mientras tanto Grasset a quien le había encantado el libro trataba por todos los medios de ponerse en contacto con ella, incluso publicando anuncios en los periódicos. Algunas semanas después del nacimiento de su hija Irene pudo acercarse a las oficinas de correos y vio las cartas que se amontonaban para ella. En ese momento decidió ir al despacho del editor. Así describe su hija la escena: "Un hombre muy pálido con los cabellos pegados al cráneo, divididos por una raya, bigote en forma de cepillo, pañuelo blanco cayéndole del bolsillo de la chaqueta y boquilla en los labios, entró como una tromba y se quedó inmóvil y boquiabierto observándome con una sorpresa a la que ya comenzaba a acostumbrarme. Bernard Grasset esperaba encontrar un hombre maduro, tal vez un banquero retirado y, en cambio, tenía delante a una muchacha tímida y vestida como un adefesio cuyos ojos miopes lo miraban aterrados. Yo acababa de levantarme de la cama y todavía no había renovado mi vestuario, en el que a decir verdad no me interesaba demasiado desde que me había casado. El hombre tartamudeó algunos cumplidos, yo me ruboricé y los dos nos quedamos desarmados frente a frente. Después llamó a su lector, Henry Muller, que me contempló con la misma estupefacción que él. Toda la casa -el socio, M. Brun, los directores de las colecciones, el jefe de prensa, M. Poulailles- aterrizó en el despacho para ver el joven y exótico fenómeno en el momento de firmar el contrato". No, Irène Némirovsky no tenía nada de ingenua. Tuvo, eso sí, la mala fortuna de vivir en uno de los periodos más convulsos de todo el convulso siglo XX, de haber vivido y sufrido muy de cerca las consecuencias de la revolución rusa y de las dos guerra mundiales. Finalmente fueron los nazis quienes terminaron con su vida pero veinte años antes se había salvado de milagro de morir a manos de los bolcheviques.



La vida de Irène Némirovsky fue corta e intensa, una vida llena de glamour, de bailes y casinos, de champán helado y de caviar y llena también de violencia, de atentados, de olor a pólvora y de grandes manifestaciones de personas que deseaban doblemente su muerte, por burguesa y por judía. Y a pesar de todo, lo que sorprende es que en sus textos nos deje la sensación de ser una mujer alegre, vitalista, divertida, con un gran sentido del humor, una mujer a la que de verdad a uno le gustaría haber llegado a conocer. El mayor problema de Irène Némirovsky fue que su forma de ser, su ironía, su sutileza, su gusto por los matices, la finura de sus análisis no se correspondían con la época que le tocó vivir, una época de claroscuros, en la que las demarcaciones se trazaban con brocha gorda. Ella, en sus libros, y esto da idea de su honestidad, atacaba sobre todo a los de su clase, a los judíos adinerados, a los banqueros que derrochaban su dinero en un lujo y una ostentación sin límites. Los retratos más feroces son lo que hace de su madre, en "El baile", por ejemplo. En algún momento debió de preguntarse si se había equivocado al actuar de esa manera. "A veces -escribe Elisabeth Gille suplantando la voz de Irène- tengo momentos de vértigo en los que me arrepiento de haber escrito este libro [se refiere a David Golder] y en que me pregunto si, al fustigar este medio que era el mío y que yo detestaba

tanto, no facilité argumentos a los antisemitas, si no di muestras de una ligereza y una inconsciencia suicidas". Algo de esta pregunta queda flotando en el aire también después de la lectura de "Suite francesa". En la novela los alemanes aparecen como unos muchachos educados que se esfuerzan por llevarse bien con los habitantes del pueblo; unos jóvenes que, casi contra su voluntad, se ven obligados a ocupar ese país y pretenden molestar lo menos posible; quienes salen mal parados son los franceses. En esto recuerda el punto de vista adoptado por la "Anónima" autora de "Una mujer en Berlín", un libro en el que se denuncia los abusos y las violaciones cometidas por las tropas rusas en los pocos días que siguieron a la liberación de Berlín, pero mucho peor que de los soldados rusos, que aparecen descritos como una especie de animales perezosos, lascivos y borrachos, se habla de los civiles alemanes, de su cobardía y de su mezquindad.

Observación de la guerra por Francisco Solano (El País, 2005)

Víctima del Holocausto, Irène Némirovsky sitúa su novela durante la invasión alemana de Francia de la que fue testigo directo. A través de un amplio mosaico de personajes, la autora construye una intensa panorámica.

Algunas obras póstumas, si su jerarquía artística no admite dudas, demandan una recepción más delicada y generosa. No una mayor benevolencia crítica, sino un proceder semejante a la reparación de un agravio. Sobre todo si la obra quedó inconclusa a causa de una ley de infame redacción, cuya aplicación suponía para los judíos la deportación y la muerte. Hija de una rica familia de judíos asimilados, Irène Némirovsky (Kiev, 1903-Auschwitz, 1942) huyó con sus padres de Rusia tras la revolución; se estableció en París y en Francia



adquirió, a partir de 1929, un enorme prestigio de escritora con su narración *David Golder* (Grijalbo, 1987), que fue llevada al cine, y al año siguiente con *El baile* (Aleph, 1994). Convertida al cristianismo, nunca se le concedió la ciudadanía francesa; en 1942 fue detenida y conducida a Auschwitz. En un cuaderno de notas había escrito: "¡Dios mío! ¿Qué me hace este país? Ya que me rechaza, considerémoslo fríamente, observémoslo mientras pierde el honor y la vida". Ese proyecto de inspección se concretó en una ambiciosa obra, esta *Suite francesa* que sus hijas, de ocho y trece años, al final de la guerra, lograron preservar en una maleta mientras se escondían de los gendarmes, que también habían detenido a su padre y sufrió igual destino que su mujer.

Suite francesa viene, pues, nimbada de impronta trágica y así es probable que su sensacional recuperación, al cabo de tantos años, parezca más categórica, por su sugerencia sentimental, que la calidad de la propia novela. Sin embargo, la magnitud de las partes concluidas que nos han llegado, arrancadas de un vasto proyecto en la línea de *Guerra y paz*, y el aliento panorámico, que rebasa la narración, poseen tan admirable intensidad que, aunque es forzoso deplorar su mutilación de lo que hubiera sido la creación ideada por Irène Némirovsky, el texto se nos aparece, no obstante, con perfección suficiente y a esa culminación debemos atenernos.



La novela se escribió al pie de los acontecimientos, mientras se producían, y anticipan algunos aspectos del horror desatado por la guerra, como la brutalidad de los jóvenes franceses con sus maestros, que no serían de público conocimiento hasta muy avanzado el siglo. Dividida en dos partes, aunque Irène Némirovsky concibió cinco para un volumen de más de mil páginas, la primera narra, a través de un mosaico de personajes de distinta clase social, la derrota de Francia ante Alemania y el caótico éxodo de los parisienses por las carreteras, bajo las bombas, en busca de una zona de refugio; la segunda se centra en la permanencia de las tropas alemanas en Bussy, un pequeño pueblo que se convierte en microcosmos de la crispada convivencia entre alemanes y franceses. La autora evita, en todo momento, caer en la crónica, y dota a su narración de un ritmo cinematográfico que salta de un personaje a otro, enfocándoles en una red de fatalidad tejida por la convulsión de la época que les ha tocado vivir. No le interesa reflejar los grandes hechos históricos. Escribe en sus notas que "sólo hay que rozarlos, mientras se profundiza en la vida cotidiana y afectiva y, sobre todo, en la comedia que eso ofrece".

Comedia, en efecto, en el sentido de Dante y Balzac. Némirovsky registra con portentosa serenidad, sin consentirse ninguna flaqueza sentimental, la perturbación de hombres y mujeres zarandeados por la guerra: la angustia que se vuelve mezquindad, la exaltación inútil, la vileza de la fama, el atolondramiento, la hostilidad, el hambre, las cobardías; y al lado, en menor medida, la abnegación, los brotes de ternura, el amparo de la dignidad. Aristócratas, burgueses, apoderados de banco, coleccionistas de arte, prostitutas de lujo, obreros, escritores de éxito, campesinos, a todos alcanza la guerra, y la autora registra su comportamiento, que expone con una mirada ausente de juicio, pero también a modo de advertencia, confiando en que esa tormenta de acero sea un paréntesis, una atrocidad menos duradera, por fortuna, que la vida de los hombres. Némirovsky compuso su novela para que pueda "interesar a la gente de 1952 o 2052". No se equivocó. Laboriosa y lúcida, fundó su esperanza en un tiempo de paz que ella no llegaría a conocer: "La suerte es que, por lo general, el tiempo que nos ha sido concedido es más largo que el concedido a la crisis".

Fontes:

http://www.elpais.com/articulo/reportajes/Irene/Nemirovsky/escritora/resucitada/elpdmpj/20041205elpdmgrep_4/Tes

<http://www.lacasadelosmalfenti.com/anumero19/suite.htm>

http://www.elpais.com/articulo/semana/Observacion/guerra/elpeputec/20051105elpbbasese_10/Tes

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org

Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>